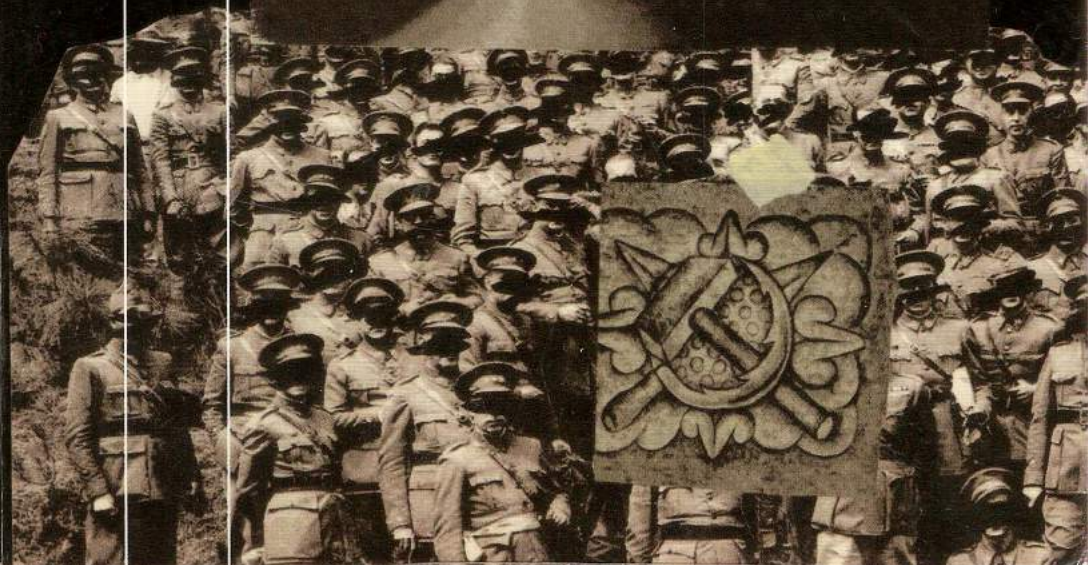


ALEAGUARA

Benjamín Prado

Operación Gladio



ALFAGUARA



- © 2011, Benjamín Prado
© De esta edición:
2011, Santillana Ediciones Generales, S. L.
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid
Teléfono 91 744 90 60
Telefax 91 744 92 24
www.alfaguara.com

ISBN: 978-84-204-0726-5
Depósito legal: M. 8.569-2011
Impreso en España - Printed in Spain

- © Diseño:
Proyecto de Enric Satué
© Imagen de cubierta:
Eduardo Gruber, «The Un-Dead»

Impreso en el mes de marzo de 2011
en los Talleres Gráficos de Dédalo Offser, S.L.,
Pinto, Madrid (España)

Queda prohibida, salvo excepción prevista
en la ley, cualquier forma de reproducción,
distribución, comunicación pública y transformación
de esta obra sin contar con autorización de
los titulares de propiedad intelectual.
La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad
intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

la disculpa para acercarse a ella y entablar conversación fue sencilla, ya que su periódico acababa de iniciar una campaña de apoyo a las mujeres que trabajaban en casa, que reclamaba para ellas mejores salarios y una jornada laboral de ocho horas, y que ayudó a que se organizaran en grupos como la Asociación de Obreros y Obreras del Hogar, la Unión de Modistas o el conocido como Sindicato de la Aguja, fundado por una amiga de Visitación que se llamaba Petra Cuevas y que era compañera suya en La Bordadora Española, un taller de Lavapiés en el que casi mil empleadas cosían la ropa de las mujeres de la alta sociedad.

—Mi madre no era una modistilla ignorante en busca de marido —dice Dolores en un tono retador y adelantando el cuerpo mientras echa hacia atrás los hombros, como si quisiese recortarle espacio a la duda—, sino una persona con inquietudes, a la que le gustaba ir al cine y leer. También salía con Petra y con el resto de sus amigas a pasear por Madrid, que una cosa no quita la otra, siempre desde el Banco de España hasta la calle Peligros, que era por donde andaban también los dependientes de los comercios, que les decían cosas, las invitaban a un helado, o a un café... Y ya estoy viendo a cuatro —aquí hace una pausa y aprieta los labios como para esperar a que se pacifique dentro de su boca el enjambre de los insultos—... a cuatro idiotas que piensan: ¿ves como esas republicanas eran unas perdidas? Pues miren ustedes: no. Y si me tiran de la lengua, les digo que peor eran las otras, las que nunca hicieron más que pescar a un hombre, dejarse hacer cinco hijos y que las mantuviesen toda su vida. Las nuestras tenían su empleo, eran independientes, se divertían y en los ratos libres se iban de voluntarias al Socorro Rojo para escribirles a las mujeres de los presos las cartas que ellas no podían mandarles, porque eran analfabetas. Vamos, que a muchas que yo me sé les podían dar lecciones de honradez y de bondad. Luego, cuando la guerra, mientras las señoras de derechas ayudaban a los suyos rezando

el rosario, mi madre pasaba las noches en un taller que había en la calle de Atocha, cosiéndoles los agujeros de bala a los uniformes de los muertos, para que los pudieran usar otros soldados. Cuando cayó Madrid, a su camarada Petra, que estaba también en estado, la metieron en la prisión de San Isidro, y allí tuvo a su hija, y se le puso mala... y la perdió. Y después la llevaron de penal en penal, porque esa gente no tenía piedad, fue a Amorebieta, a Guadalajara, a Bilbao, a Zaragoza... En fin, que muchas veces he pensado que si aquel camión de milicianos hubiera pasado cinco minutos antes por el lugar donde estaba mi madre y no la hubiese podido recoger, ella no habría cruzado la frontera y yo habría muerto en la enfermería de alguna cárcel, igual que la niña de Petra.

Después de decir eso, Dolores levanta la cabeza, mira al cielo y aprieta los labios para fortalecerse, porque da la impresión de que está a punto de llorar. Pero toma aire, sacude violentamente su melena, teñida de un negro rabioso cuyos reflejos tantean el azul, va a buscar un remedio contra la emoción al botiquín del orgullo y vuelve a mirarnos a su marido y a mí con ojos retadores, como si no dejar caer una lágrima hubiera sido una victoria sobre nosotros. Luego sigue contándome que al quedar viuda, Visitación fue con ella a Burdeos, donde lograron sobrevivir a duras penas. Allí encontró trabajo en una sastrería y siguió en contacto con los compañeros del Partido Comunista. Con el tiempo, lograron reproducir en algunas tertulias de café las reuniones que tenían en Madrid, en la Casa del Pueblo de la calle Piamonte, donde Salvador había participado muy activamente en las discusiones que dieron lugar a la escisión comunista del PSOE de la que salió el PCE. Allí habían aprendido que el primer objetivo de los obreros era combatir la ignorancia al tiempo que luchaban contra la desigualdad, adquiriendo a la vez cultura y conciencia de clase. Para lograrlo, la Casa del Pueblo les ofrecía la llamada mutualidad obrera, una cooperativa